

Homenaje a M^a Luisa González y Juan Vicens de la Llave

Residencia de Estudiantes. Madrid,
2 de marzo de 1999

A principios del año 1991 se inauguró en la Biblioteca Nacional de Madrid, siendo directora Alicia Girón, una exposición titulada “La lectura pública en España durante la II República”. Con motivo de esa exposición recibí el encargo de hacer el prólogo para el catálogo, y tengo que decir que esa tarea me proporcionó mucho placer, porque me facilitó el conocimiento de unos profesionales magníficos: los bibliotecarios que trabajaron en aquellos años difíciles y apasionantes.

Durante los años de la Segunda República se sentaron unas bases de trabajo bibliotecario que aún siguen siendo válidas hoy. Los planteamientos de los compañeros de entonces –Vicens, María Moliner, Rodríguez Moñino, Navarro Tomás y Teresa Andrés, entre otros– se podrían seguir manteniendo en los actuales congresos de la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios, y sintonizarían perfectamente con las corrientes más avanzadas. Porque sacar los libros a la calle, crear bibliotecas en las escuelas y abrirlas al público en general, o llevar la lectura a las trincheras en plena guerra, es comparable –o superior– a lo que ahora se hace en los países de tradición bibliotecaria bien arraigada.

Para que se produjera ese milagro se tuvieron que dar dos factores importantes: el entusiasmo de los bibliotecarios y el apoyo decidido de la Administración. En el trabajo que realizaron María Moliner y sus coetáneos se ve un aliento especial, que también está presente en los profesionales de la enseñanza. Ni unos ni otros debían ganar

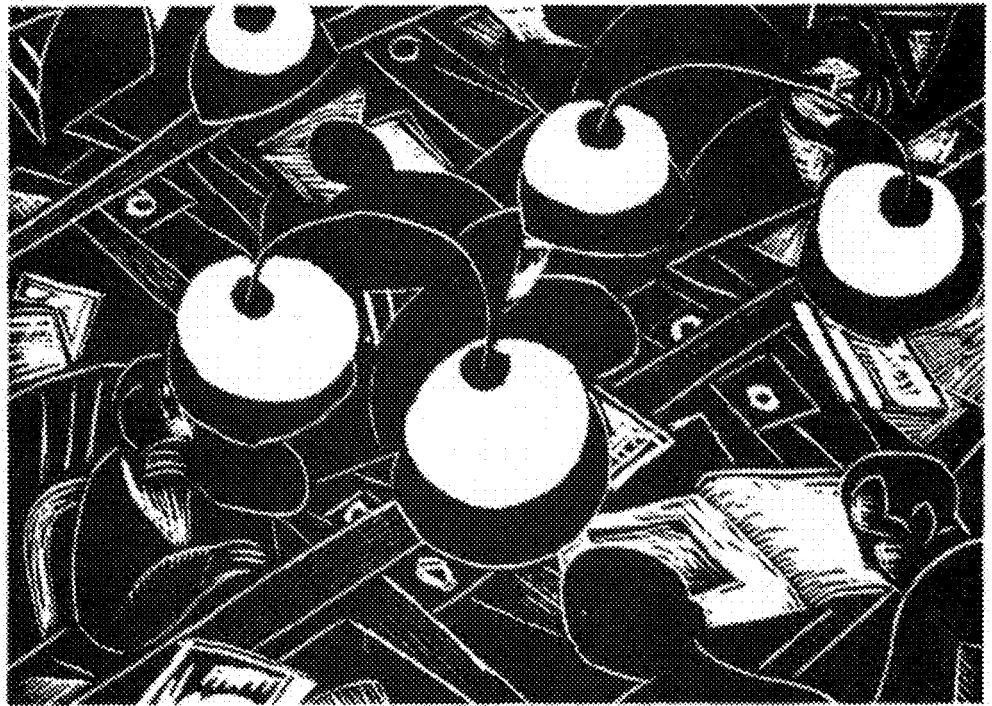
mucho dinero, pero es fácil apreciar que trabajaban con gran ilusión. Es natural: se les había asignado un papel protagonista en la obra de modernización que se estaba representando, y ellos se sentían importantes. No les hacía falta nada más.

Los bibliotecarios de la II República trazaron un camino profesional que hemos retomado otros cuando las circunstancias históricas lo han permitido. Con el restablecimiento de la democracia en España muchos de nosotros empezamos a trabajar promocionando la lectura pública, e intentamos recuperar sus ideas y su fuerza, porque los admirábamos y los considerábamos nuestros maestros. Creo que eso explica por qué estoy aquí hoy. La oportunidad de homenajear –y, de paso, conocer más a fondo– a dos de aquellos bibliotecarios me parece suficiente motivo.

Pero en mi caso hay otro. A las razones profesionales se unen las políticas, porque soy una persona de izquierdas y he procurado compaginar la vida laboral con una dedicación a la política activa que me llevó a desempeñar durante un año, un mes y un día la alcaldía de la ciudad donde trabajo y resido. Quiero pues rendir mi homenaje a M^a Luisa y a Juan no sólo como colegas y compañeros del Cuerpo Facultativo de Archivos y Bibliotecas, sino también –y sobre todo– como personas comprometidas con la época que les tocó vivir.

Ese compromiso me ha resultado muy fácil identificarlo en el caso de Juan, porque ha dejado muchos rastros de su actividad.

En la *Bio-bibliografía del Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos*,



La biblioteca, xilografía de Francisco Boreas, hacia 1924, reproducida en la revista España, de Madrid, el 19 de enero de 1924

recopilada por Ruiz Cabriada, se puede leer que nació el 26 de agosto de 1895 e ingresó en el Cuerpo Facultativo en 1935, es decir, a los cuarenta años. También se dice que trabajó en el Archivo General de Alcalá de Henares, de donde pasó a la Junta de intercambio y adquisición de libros, que fue delegado de propaganda del Gobierno de la República en la Embajada de España en Francia y que en el año 40 marchó a Méjico donde trabajó en las bibliotecas populares del departamento del Distrito Federal.

En la obra de Ruiz Cabriada también se citan los escritos de Juan Vicens de la Llave: muchos artículos y dos libros titulados *Cómo se organiza una biblioteca* (publicado en 1942) y *Manual del catálogo diccionario* (editado en ese mismo año).

Desde luego, vale la pena comentar algo sobre sus obras, ya que los manuales de Vicens son obras que todos los bibliotecarios dedicados a la lectura pública deberíamos conocer. No sólo los dos que cita Ruiz Cabriada en la bio-bibliografía, sino otro que, por razones obvias, no incluye, y que a mí me parece interesantísimo. Se titula *L'Espagne vivante* y fue editado en 1938, presumiblemente cuando Juan Vicens estaba destinado en la Embajada de Francia.

Dice el propio Vicens en esta última obra que, en los primeros años treinta (y ahora tomo prestadas sus palabras, si bien rápida-

mente traducidas del francés, con lo que a lo mejor traiciono de alguna manera su estilo propio), “los bibliotecarios oficiales ignoraban la mayor parte de las técnicas consideradas esenciales en todos los sitios, la clasificación por materias, por ejemplo, y no conocían más que la simple ordenación alfabética por los nombres de los autores; igualmente ignoraban la técnica de la organización del préstamo, que no se practicaba en ninguna biblioteca oficial. Es fácil darse cuenta de que estas lagunas afectaban sobre todo a los lectores de cultura mediana que no conocían siempre los nombres de los autores y pedían simplemente libros sobre tal o cual materia. En cuanto a los obreros que trabajaban toda la jornada, ¿cómo pueden aprovechar una biblioteca si el préstamo no existe? Los bibliotecarios oficiales (sigo traduciendo las palabras de Vicens) salían de la Facultad de Filosofía y Letras; eran, en general, muy reaccionarios socialmente y profesaban, sobre todo, un gran amor hacia los libros eruditos (hablo de aquellos que tenían gusto por el trabajo); cuando llegaban a ser bibliotecarios, su ideal era ser destinados a una biblioteca llena de libros antiguos en la que nadie vendría a molestarlos, donde se podrían dedicar con toda tranquilidad a sus investigaciones eruditas o a la siesta. La idea de trabajar en una biblioteca popular les llenaba de horror. Los que no podían evi-

tar ese destino, se las arreglaban para estar en la biblioteca lo menos posible; lo que les permitía por otra parte dar clase en los colegios religiosos. Así, a menudo, el verdadero bibliotecario era el portero.

A los esfuerzos que se hacían para poner fin a este estado de cosas y transformar las bibliotecas devolviéndolas su verdadera misión –la instrucción de las masas– los altos funcionarios respondían con un sabotaje desvergonzado y la persecución sistemática de aquéllos que se sentían culpables de tales sacrilegios.

Fuera de las rudimentarias reglas para la redacción de los catálogos alfabéticos por los nombres de los autores, no se había publicado en España ni una sola línea sobre la organización técnica de las bibliotecas; para llenar ese vacío yo me puse a estudiar de cerca la cuestión y redacté un manual de clasificación por materias que iba a aparecer cuando la guerra estalló; estudié igualmente la técnica del préstamo y del intercambio entre bibliotecas diferentes y había decidido hacer mi tesis doctoral sobre ello. Esta tesis se componía de dos partes: la primera estudiaba la técnica del préstamo y del intercambio y la segunda mostraba cómo sobre la base de esta técnica se pueden organizar redes de bibliotecas regionales y nacionales, asegurando una activa circulación de libros; estudié especialmente lo que se había hecho en ese sentido en los Estados Unidos, Inglaterra, la URSS, etcétera. Pero cuando presenté la tesis, un profesor reaccionario que formaba parte del tribunal (este antiguo bibliotecario está ahora con Franco) me dijo que eso no era un tema de tesis; lo encontraba grosero, vulgarmente material. ¡Ah, si yo hubiera estudiado las bibliotecas en el siglo XV! ¡Pero las bibliotecas modernas! No, eso era inadmisibile. Evidentemente, su instinto le decía que había que oponerse en la medida en que mi tesis era favorable a la instrucción de las masas.

Después de varias dudas el tribunal aceptó, pero con una cierta piedad condescendiente. Cosa curiosa: presenté mi tesis en junio de 1936 y, un mes más tarde, la guerra me ponía en la obligación de aplicar las teorías y las reglas que yo exponía en ella. Pero éste será el tema de otro capítulo”.

Esa larga cita es, en realidad, la narración del nacimiento de los dos libros de Vicens

publicados en Méjico. Y a la curiosidad destacada por él al final del último párrafo se une otra de corte más trágico: ¿quién le iba a decir a él, cuando escribía aquellas palabras, que iba a tener que publicar los trabajos que habían formado parte de su tesis en un país tan alejado y en circunstancias tan descorazonadoras!

Los manuales de Juan Vicens son de una claridad extraordinaria. Él mismo dice en el prólogo de uno de ellos –el *Manual del catálogo diccionario*– con una gran modestia lo siguiente: “Estas reglas y estos procedimientos son el fruto de la experiencia de millares de bibliotecarios de diversos países y no pueden ser sustituidos por el resultado del pensamiento de un hombre solo. Mi trabajo consistirá en hacer su exposición con la mayor claridad posible...”, y realmente consigue redactarlas con las palabras justas, con una gran simplicidad y un enorme afán didáctico. Envidio a los bibliotecarios mejicanos que tuvieron la suerte de usarlas; ojalá los españoles hubiéramos tenido la suerte de formarnos con un maestro tan sencillo y ejemplar.

“Los planteamientos de los compañeros de entonces –Vicens, María Moliner, Rodríguez Moñino, Navarro Tomás y Teresa Andrés, entre otros– se podrían seguir manteniendo en los actuales congresos de la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios, y sintonizarían perfectamente con las corrientes más avanzadas.”

Esa misma claridad expositiva se traslada a su obra *L’Espagne vivante*, con cuya lectura he disfrutado enormemente. En ella Juan Vicens hace un esfuerzo para explicar qué es lo que está ocurriendo en España y comunicar al lector la confianza que el gobierno legítimamente elegido tiene en la cultura como medio de conseguir la libertad y la igualdad entre los hombres. Quiero entresacar de nuevo algún párrafo de esta obra, que se debería traducir y publicar en España para dejar constancia de una parte de la historia bibliotecaria poco conocida.

En la página 34 da un ejemplo de las relaciones de poder que se daban en el campo

antes de la llegada al poder del Frente Popular, y lo cuenta como si fuera una historia de tradición oral, con la simpleza de los cuentos y de las cosas más importantes de la vida. Veámoslo:

“En una ciudad de la provincia de Albacete había cuatro propietarios ricos, “caciques” reaccionarios. La mayoría de los demás campesinos poseían también tierras, pero pocas; sus productos no llegaban para cubrir sus necesidades y estaban obligados a trabajar una parte del año para los más ricos. Así éstos, al ser los únicos que podían dar trabajo y comprar los productos de la tierra, eran los verdaderos amos del pueblo... si un pequeño propietario quería vender su trigo, no podía dirigirse más que a uno de los ricos, que le ofrecía 21 pesetas por fanega.

“Los bibliotecarios de la II República trazaron un camino profesional que hemos retomado otros cuando las circunstancias históricas lo han permitido. Con el restablecimiento de la democracia en España muchos de nosotros empezamos a trabajar promocionando la lectura pública, e intentamos recuperar sus ideas y su fuerza, porque los admirábamos y los considerábamos nuestros maestros.”

Por otra parte, cuando este pequeño propietario trabajaba para el rico por la razón que he indicado antes, cobraba en trigo, calculado al precio de 23 pesetas la fanega: naturalmente tenía que hacer efectivo ese trigo a través del mismo rico ¡que se lo compraba al precio de 21 pesetas la fanega! Considerable pérdida de dinero, incluso acompañada por una pérdida de tiempo: el hombre tenía que transportar su trigo, esperar a que se lo quisieran medir, efectuar el pago, etcétera... Recordemos que, desde la llegada al poder del gobierno reaccionario, los salarios habían bajado automáticamente, pasando de 5 a 2,50 pesetas. Después de todas estas transacciones, no le quedaba al campesino más que un salario ínfimo y, si quería protestar, no se le compraba ya más su trigo, no se le daba más trabajo; si se per-

mitía insistir, ahí estaba la guardia civil, dispuesta a hacerle entrar en razón. Para combatir estos abusos es por lo que hoy el campesino español lucha en las filas del ejército popular”.

Pasaría mucho más rato leyendo párrafos de *L'Espagne vivante*, de Juan Vicens, pero me temo que se nos haría demasiado tarde. Aún así creo que merecen citarse algunas de sus palabras finales, del capítulo titulado “Después de la guerra”. El futuro que él imagina, desde la difícil situación que atraviesa el país, es bien optimista:

“No hay duda de que, después de la victoria, la cultura española conocerá un auge considerable”.

“Ciertamente, la vida será dura en ese momento y habrá que pedir al pueblo español nuevos sacrificios (...) Pero hay un bien al que no querrá renunciar, ni siquiera temporalmente, que no tolerará que se le quite: el derecho a instruirse. La primera tarea a emprender después de la victoria será la reorganización poderosa y perfecta de la enseñanza, sobre bases más amplias”.

“Un gran número de camaradas considerablemente dotados para este trabajo están ya preparados para cumplir esta tarea abrumadora. Antes de los violentos ataques sufridos por Madrid, *Cultura popular* había formado un equipo magnífico, perfectamente adaptado a las necesidades de la hora presente, que se aplicaba al trabajo con entusiasmo y regularidad”.

“Estos camaradas volverán de nuevo al trabajo cultural y formarán excelentes equipos, pues ellos sabrán mejor que nadie el precio que el pueblo habrá pagado por tener derecho a la cultura.

Por ello no hay nada más justo y profético que el lema de *Cultura popular*: ‘El fusil de hoy es la garantía de la cultura de mañana’”.

¡Qué lástima tan tremenda y qué rabia da el que no se cumpliera esta preciosa profecía de Juan Vicens! Si así hubiera sido este país sería ahora distinto. Da muchísima rabia no poder conocer aquéllo que perdimos al perder la guerra.

Mi intervención iba a tener dos partes, una dedicada a Juan Vicens y otra a M^a

Luisa González, su mujer. Tengo que decir que me ha resultado más difícil conocer a M^a Luisa que a su marido, y no creo que eso se deba a la casualidad.

M^a Luisa González pertenece a una generación de mujeres que empiezan a romper el cerco dentro del que, hasta entonces, se les había mantenido. Es una generación que conozco muy bien, porque mi propia madre –también del Cuerpo Facultativo de Archivos y Bibliotecas– pertenece a ella.

"Esa generación necesita un homenaje por parte de las mujeres que las hemos seguido, que nos hemos subido en sus hombros para ir acercándonos un poco más a la igualdad real entre hombres y mujeres, y hoy quería ofrecerle la parte que le corresponde a M^a Luisa."

Son o han sido mujeres que han tenido la parte difícil de la emancipación –porque fueron las primeras en cambiar su destino– sin ninguna de las ventajas: han trabajado fuera de casa pero han parido a sus hijos dentro de ella; han ocupado puestos de responsabilidad, pero siempre quedándose en una segunda fila para no hacer sombra a sus maridos; han llegado a la independencia económica, pero no la han aprovechado; se diría que han pasado por la vida laboral –y por la vida en general– muy suavemente, como para no molestar. Esa generación necesita un homenaje por parte de las mujeres que las hemos seguido, que nos hemos subido en sus hombros para ir acercándonos un poco más a la igualdad real entre hombres y mujeres, y hoy quería ofrecerle la parte que le corresponde a M^a Luisa.

Ayer estuve aquí mismo, en la planta baja de la Residencia, escuchando unas cintas que contienen una larga entrevista con ella y que ha sido la única documentación que he encontrado sobre esta mujer. Se trata de una conversación grabada en 1990 cuando ella tenía 90 años, pues había nacido en 1900, con el siglo, el 24 de agosto, casi el mismo día del mismo mes que su marido.

Y en esa larga entrevista –prácticamente un monólogo– lo primero que me impresionó de ella fue un hecho pequeño, una anécdota,

y es la forma que tenía de pronunciar las elles. Unas elles bien distintas de la y griega, como las que ya no se oyen, dichas con una fuerza enorme, casi impropia de una mujer de su edad. Una mujer que se ríe con ganas en algunos momentos de la entrevista, y que, a sus noventa años, tiene la claridad mental suficiente como para afirmar que las dos causas más importantes de la libertad de la mujer en este siglo son los anticonceptivos y la independencia económica.

Pasé un rato delicioso escuchando a M^a Luisa en la tranquilidad de la tarde de ayer. Cuando volvía a Guadalajara me iba acordando de mi abuelo, que también me contaba preciosas “batallitas” literarias. Se reprodujo en mí, al escuchar a M^a Luisa, la misma admiración y el mismo asombro adolescente que me producían las historias de mi abuelo. Y así como él recordaba para mí su conocimiento directo de gente tan importante como Galdós, la Pardo Bazán o Machado, M^a Luisa hablaba con toda naturalidad de las clases de griego que recibió de Unamuno (“siempre relacionaba la política actual con el griego, y no había día que no hablara mal de Alfonso XIII”), de su amistad con Buñuel, con Lorca o Dalí a principios de los años 20 (“nos íbamos de excursión los sábados y los domingos con los chicos, porque las chicas gozábamos de una libertad tremenda en la residencia. Nos dejaban pasar la noche fuera, aunque las costumbres eran diferentes de las de ahora y no pasaba nada; ni ellos se atrevían ni nosotras hubiéramos consentido. Íbamos a Toledo, o a la sierra, o al Museo del Prado, que nos explicaba estupendamente Dalí porque lo conocía muy bien”), del movimiento cultural que había a su alrededor (“en la Residencia había muchas conferencias. Yo recuerdo haber escuchado a Madame Curie, a Einstein, a Keynes, a Strawinski... En los días siguientes hablábamos mucho sobre lo que habíamos oído, y hasta se organizaban conferencias más divulgativas después, para poder entender cosas complejas, como la teoría de la relatividad. Cada conferencia era un mes de hablar sobre ello, de comprenderlo, de asimilarlo”), de la librería que montó con su marido en París, entre los años 1921 y 1927 (“Había entonces en Madrid una

librería en la calle Mayor, en un piso, que se llamaba León Sánchez Cuesta. Era el librero de la gente universitaria. A mi marido, que buscaba entonces un trabajo, le aconsejaron que se asociara con León, para hacer una empresa editorial con tres puntos: Madrid, París y Nueva York. Nosotros llevamos la librería de París. Estaba muy bien situada, muy cerca de las editoriales y de la Sorbona. Iban mucho por allí Breton, Louis Aragon y su mujer, Paul Eluard... todos los surrealistas, y eran amigos nuestros. El surrealismo en aquella época consistía en romper la cosa oficial”), de la gran amistad del matrimonio con Buñuel (“En una ocasión mi marido y Buñuel fueron a un baile de Montparnasse disfrazados de fraile, porque a Buñuel le gustaba mucho vestirse de fraile”) y de otras muchas cosas interesantes, porque, como dice ella misma al comienzo de la entrevista, vivió casi toda la historia del siglo XX y, añado yo, desde un lugar privilegiado para disfrutar de él.

“No sé si la España de hoy es esa nueva con la que Cossio soñaba, pero sí sé que, gracias al trabajo de bibliotecarios de pueblos pequeños o ciudades grandes, que trabajan casi siempre en circunstancias difíciles y que están movidos por el mismo afán que M^a Luisa González y Juan Vicens de la Llave, muchos españoles, niños y grandes, hombres y mujeres de todas las clases sociales, tienen ansias de leer, de gozar y divertirse con la lectura y, efectivamente, se divierten leyendo.”

M^a Luisa y Juan tuvieron que exiliarse. A mí me produce dolor imaginar la ruptura tan enorme que tuvieron que sentir aquellos profesionales que se habían comprometido tanto con la sociedad que les rodeaba cuando hubieron de dejar todo y empezar en otro lado del mundo, tan diferente. Afortunadamente en Méjico y en Rusia se recibía bien a los republicanos españoles. Juan y M^a Luisa seguro que suscribirían un poema de

Humberto Megget con el que se abre una estupenda novela sobre el exilio, *Andamios*, de Mario Benedetti, que dice así:

*“y encontré el molde de unos pies
y encontré luego el molde de un cuerpo
y encontré luego el molde de unas paredes
y encontré luego el molde de una casa que era
como mi casa”*

Seguramente ellos, que habían sido ya viajeros en París y estaban acostumbrados a vivir fuera de su país, encontraron todo eso en Rusia y Méjico, pero lo malo del exilio es que, cuando se va forzado a él y se debe permanecer en él muchos años, ya no se es de ningún sitio. Eso se ve muy claro en una preciosa película titulada *Asaltar los cielos*, de Javier Rioyo, y Fernando Pessoa lo describe perfectamente en un poema que también preside la novela de Benedetti:

*“El lugar al que se vuelve es siempre otro
La estación a la que se vuelve es otra
Ya no está la misma gente, ni la misma luz
ni la misma filosofía”*

No sé si los bibliotecarios españoles exiliados encontraron a su vuelta la misma filosofía que les había movido en su vida profesional, pero me gustaría mucho hacerles saber que esa filosofía ahora está viva. Decía Cossio en la presentación de las Misiones Pedagógicas que “cuando todo español no sólo sepa leer, que ya es bastante, sino tenga ansias de leer, de gozar y divertirse, si, de divertirse leyendo, habrá una nueva España”.

Bueno, no sé si la España de hoy es esa nueva con la que Cossio soñaba, pero sí sé que, gracias al trabajo de bibliotecarios de pueblos pequeños o ciudades grandes, que trabajan casi siempre en circunstancias difíciles y que están movidos por el mismo afán que M^a Luisa González y Juan Vicens de la Llave, muchos españoles, niños y grandes, hombres y mujeres de todas las clases sociales, tienen ansias de leer, de gozar y divertirse con la lectura y, efectivamente, se divierten leyendo. ☑